



LA JAULA DE SAL

Ibon Martín

travel bug
NOVELA



27 de octubre de 2015, martes

El agua acariciaba cada centímetro de su piel, como una fina sábana de seda que le cayera desde la cabeza hasta los pies. Su calidez le contagiaba un agradable sosiego, que agradecía tras más de una hora haciendo el amor con Iñaki. Se llevó la mano a la barriga y una sonrisa iluminó su rostro. El embarazo era ya muy evidente. Estaba de cuatro meses y medio, dieciocho semanas en el argot de las matronas, y la curva de su vientre comenzaba a ser notoria.

Iñaki estaba ahí fuera, al otro lado de la puerta abierta. Aún podía verlo estirado sobre la cama. Su cuerpo moreno contrastaba con el blanco del edredón. El ángulo de visión le ocultaba el rostro, pero lo imaginaba con una leve sonrisa y los ojos cerrados. Se había convertido en algo habitual tras el sexo: Iñaki se quedaba dormitando y ella tenía que guardarse las ganas de hablar para otro momento.

—¿Has pensado ya algún nombre? —preguntó Leire con intención de despertarlo.

La respuesta tardó unos segundos en llegar, pero la escritora vio que su novio se movía en la cama.

—¿No es mejor esperar a la ecografía? Ni siquiera sabemos si es niño o niña —repuso Iñaki antes de bostezar.

—Es una niña —sentenció Leire. A pesar de que la ecografía de los tres meses, en la que se suponía que debían haber conocido el sexo, no había aportado pista alguna porque el bebé no había querido ponerse en la postura correcta, ella estaba segura.

—¿Te fías de las palabras de una curandera?



Leire se mordió el labio. No le gustaba reconocerlo, aunque era exactamente así. Jamás había creído en esas cosas hasta que aquella mujer que imponía las manos en una solitaria venta fronteriza le anunció que estaba embarazada de una niña. Claro que podría tratarse de una casualidad, pero de algún modo había decidido dar crédito a sus palabras.

—Es una niña, Iñaki.

—¿Y cómo vamos a llamarla? —inquirió él sin ahondar en el asunto.

Leire no tenía ni idea. Quizás lo mejor sería que se sentaran los dos a la mesa con un cuaderno y comenzaran a hacer una lista de posibles nombres. Sí, eso harían cuando saliera de la ducha.

—¿Tú te vas a duchar? —preguntó a pesar de conocer la respuesta. Iñaki lo hacía siempre antes de desayunar.

—No, puedes acabarte el agua. Ya me pelearé mañana con tu madre para que me deje algo de agua caliente.

Leire cerró los ojos para aclararse el pelo. El agua resbaló sobre sus párpados y se le coló por la comisura de los labios. El sabor perfumado del jabón le desagradó y lo escupió suavemente. Iñaki dijo algo junto a la puerta. Su voz sonaba cerca esta vez. Se había levantado de la cama.

—Espera, no te oigo —dijo Leire sacudiéndose los últimos restos de champú bajó la ducha—. ¿Qué decías?

Al abrir los ojos, dirigió la mirada hacia la puerta. La cama se dibujaba al otro lado, pero estaba vacía.

—¿Qué decías? —insistió alzando la voz.

El agua seguía cayendo sobre sus hombros, pero ya no estaba tan caliente. Sintió un estremecimiento y giró al máximo el monomando hacia la izquierda. Como cada vez que ocurría, se prometió a sí misma que en cuanto pudiera cambiaría el termo. No sabía cuántos litros habían en aquel trasto blanco, pero ahora que ya no vivía sola en el faro no eran suficientes.

Un agudo lamento resonó en algún lugar del faro. Ni siquiera el estrépito del agua al romper contra la bañera consiguió enmascararlo.





—¿Iñaki? —llamó angustiada.

La única respuesta fue un golpe sordo.

Palpó de nuevo a su espalda en busca del grifo y empujó el mando hasta que la caída de agua cesó. Esta vez oyó unos ruidos que no pudo identificar.

—¡Iñaki, por favor! Me estás asustando... —exclamó mientras estiraba la mano para coger la toalla.

No esperó a secarse para salir a ver qué ocurría. Se echó la toalla sobre los hombros y se dirigió al dormitorio. En su interior iba creciendo una sensación de temor e irritación.

—Iñaki, esto no tiene la más mínima gracia. ¡Joder, que estoy embarazada!

En cuanto cruzó el umbral comprobó que la habitación estaba vacía. Al otro lado de la ventana la luz diurna comenzaba a ceder el testigo a la noche. Las horas de luz eran escasas a aquellas alturas del año.

—¡Iñaki, ya basta, por favor! ¡Iñaki! —llamó asomándose a la escalera.

En el piso de arriba se encontraba el despacho donde Leire escribía. En el de abajo, la cocina, el comedor y la puerta principal. Aguzó el oído. No llegaba ruido alguno de ninguno de ellos. Sin saber muy bien por qué, empezó a bajar las escaleras. Su corazón latía con fuerza y le costaba tragar saliva. Tenía la desagradable impresión de que el diminuto corazón de la pequeña estaba también acongojado. Un mal presagio ganó rápidamente terreno. ¿Dónde estaba Iñaki? Su ropa seguía alborotada junto a la cama. No podría haber ido muy lejos sin ella.

—¡Por qué no me contestas, joder! —gritó fuera de sí afebrada a la barandilla de la escalera.

El primer tramo de escalones había acabado y giraba casi paralizada por el terror para afrontar el segundo, que terminaba en el recibidor.

Entonces lo vio y tuvo la certeza de que su vida nunca sería como había soñado.

